

C.B.N.A.
92
I-24co
C.R.

CORONA  FUNEBRE

DEDICADA

Á LA MEMORIA DEL RVDO.

FRAY ANTONIO DE IGUALADA

Capuchino y Misionero Apostólico

falleció en la ciudad de
CARTAGO DE COSTA RICA,
el 9 de Octubre de 1897.



SAN JOSE DE COSTA RICA.
1897.

TIPOGRAFÍA DE SAN JOSÉ.
Calle 19, Sur. Nos. 153-159.

10167

TARJETA DE INVITACIÓN

PARA LOS FUNERALES DE

FRAY ANTONIO DE IGUALADA.

Señor:

La sociedad de Cartago, que lamenta profundamente la muerte de Fray Antonio de Igualada, Menor Capuchino, modelo de cristianas virtudes y objeto de la veneración y cariño de todos, invita á Ud. á los funerales y entierro que tendrán lugar el 11 del corriente, á las 8 a. m., en el templo de San Francisco.

Cartago, 9 de Octubre de 1897.

PROGRAMA

del orden en que se verificarán los funerales é inhumación del cadáver del R. P. Fray Antonio de Igualada el día 11 de los corrientes de las 8 de la mañana en adelante en el templo de San Francisco.

1º—Vigilias, misa de requiem, y acto continuo, oración fúnebre por el Presbítero don Juan de Dios Trejos.

2º—Oración fúnebre en el atrio del mismo templo en representación de la Municipalidad del Cantón Central, por el señor Presidente de la misma.

3º—El féretro será conducido á continuación á los templos de Nuestra Señora de Soledad, Los Ángeles, El Carmen, San Nicolás y por último al de San Francisco, en cuyo cementerio serán inhumados los venerandos restos, después de la oración fúnebre del señor don Clodomiro Picado L., en representación de la Conferencia de San Francisco de Asís.

NOTA:—Estos actos serán honrados con la asistencia del Cuerpo Municipal y autoridades civiles y militares. La Banda Militar ejecutará marchas fúnebres en honor del ilustre difunto.

Cartago, 10 de Octubre de 1897.

LA COMISIÓN.

FRAY ANTONIO DE IGUALADA.

(En el siglo PROCOPIO MENSA.)

SU LLEGADA AL PAÍS.

En el año 1879 llegó á Cartago de Costa Rica un misionero apostólico, un Capuchino joven aún, de luenga barba negra, de talento precoz é ilustración poco común. Llamábase Fray Antonio de Igualada, que ha permanecido hasta su muerte en la Casa-Convento de San Francisco de esta ciudad (*) y ahí ha estado haciendo vida monástica y santa hasta el día de su muerte, acaecida el nueve del presente mes. La vida de este santo misionero apostólico, es decir, la que llevó mientras vivió en esta ciudad, es lo único que conocemos y se puede decir en estas palabras: humildad, po-

(*) El 2 de Setiembre del año 1841, á causa de un terremoto, desapareció la iglesia y el Convento de San Francisco. Se edificó más tarde el templo; pero como los R.R. Padres habían desaparecido, se convino en construir una espaciosa casa para misioneros junto á la sacristía y el vulgo siempre le ha conservado el nombre de Convento.

breza y amor á sus semejantes. En efecto; allí vivía en su convento, sin lujo, sin ostentación, sin boato de ninguna especie; comía frugalmente, dormía en humilde cama, vestía el hábito propio de su Orden. Siempre solícito atendía á la voz del desgraciado que pedía arrepentido el perdón de sus pecados; siempre amable y cariñoso llevó á los moribundos la Hostia Inmaculada, que da alimento al alma y que es velo impalpable de las asechanzas mundanas. En el púlpito arrastraba los corazones de los oyentes hacia Dios, y dió á conocer en sus pláticas doctrinales una erudición profunda revelada en sus citas oportunas y en sus párrafos espléndidos y según opinión de inteligentes, era gran maestro en Liturgia; en el confesonario, sobre todo, llevó el consuelo, bálsamo santo, á las almas afligidas. ¡Cuántas palabras de amor salieron de los labios de aquel santo varón para aliviar á los pecadores! Dudamos haya habido algún penitente que hubiese contado al virtuoso Capuchino sus culpas y que no se levantase del confesonario con su alma tranquila y su conciencia limpia.

No satisfecho de prodigar el bien espiritual solamente en Cartago, salía de cuando en cuando á los barrios, pueblos y aldeas á ejercer su santa vocación de misionero, arrostrando toda clase de privaciones.

Uno de los amigos íntimos del Padre, ab

registrar sus papeles después de muerto, ha encontrado la descripción de las últimas misiones que principiaron el 16 de Mayo de 1890, hasta el 4 de Setiembre de 1897.

En este tiempo las misiones han sido 84, empleando en ellas 317 días, haciendo en este tiempo 951 pláticas y 42,952 comuniones.

Hasta ahora no se han podido encontrar los apuntes de las que ejerció desde el año 1879 hasta el 90, que al decir de los amigos íntimos del Padre, los guarismos eran muy superiores á los de las fechas indicadas.

SU ENFERMEDAD—SU MUERTE.

Una cruel dolencia le impidió continuar en su misión sagrada á causa del excesivo trabajo; el mal se puso en camino, y más fuerte que él, le arrojó al lecho, en donde estuvo poco tiempo, asistido por gran número de personas importantes de nuestra antigua metrópoli y de los principales médicos, hasta que el sábado nueve de octubre, cuatro días después de la festividad de su patrón el Seráfico San Francisco de Asís, con la tranquilidad del justo, dejó de existir.

Dolorosa fué su enfermedad, pero nunca exaló durante ella un quejido, y pocos momentos antes de espirar, pidió la imagen del Crucifijo que llevaba en sus santas misiones, la besó,

se abrazó con ella y entregó el alma al que es Autor de todo lo criado. Estaban en su lecho de muerte en aquel momento, además de las personas que cariñosamente lo habían cuidado durante su enfermedad, el Reverendo Presbítero don Juan de Dios Trejos, Cura y Vicario de esta Parroquia, el Decano del Clero de la misma, Presbítero don Victor Ortiz y el Reverendo y venerable anciano Fray Bernardino de Capellades, que había venido de su lejana parroquia á asistir á su compañero; todos lloraban la separación eterna del santo varón.

LUTO EN CARTAGO.—RELIQUIAS.

Al momento de haber espirado, las campanas de la iglesia de San Francisco y las de los demás templos de la ciudad anunciaban á los habitantes la muerte de tan esclarecido varón; y la noticia se propagó como chispa eléctrica por los pueblos y barrios circunvecinos, acudiendo desde aquel momento los fieles á llorar al pié del cadáver la muerte de su estimado padre, apóstol y bienhechor. El hábito con que pasó durante su enfermedad fué hecho pedacitos, los que fueron repartidos por el Síndico de la Orden Tercera á los fieles, los cuales los cogían, depositaban sobre ellos ósculo reverente y los guardaban como veneranda reliquia; por demás está el decir que cuando se:

cortó el último pedacito todas las miradas esperaban ansiosas que renaciera el hábito como una ave fénix de sus cenizas. En el instante se agotó, y entonces se hicieron medidas de cintas que se colocaban un momento sobre el cadáver del santo Capuchino y luego se las ponían los fieles sobre sus cuellos con acrisolada fe.

EMBALSAMAMIENTO DEL CADÁVER.

El Doctor Echeverría fué llamado de la Capital para embalsamar el cadáver, que se colocó después de esta operación en el espacioso templo de San Francisco, sobre un túmulo de flores, óbolo de los fieles, que no dejaron en los jardines flor en rama.

El templo no se ha vaciado un instante durante las cuarenta y ocho horas que ha permanecido el cadáver en la iglesia en capilla ardiente; aquello fué una verdadera peregrinación, tanto de día como de noche. Durante este tiempo fué custodiado por todas las autoridades, desde el señor Gobernador de la Provincia, Presidente Municipal, hasta el último Juez de barrio y las personas principales de la ciudad.

FUNERALES.

Estos fueron celebrados con toda pompa y solemnidad y oficiados por el señor Cura de es-

ta Parroquia, Reverendo don Juan de Dios Trejos, con asistencia del respetable Clero de la misma, el señor Cura del pueblo de San Rafael, Fray Miguel Pagés, Dominicó, el señor Gobernador de la Provincia, la Corporación Municipal y demás autoridades así civiles como militares.

La parte musical fué dirigida por el maestro de capilla de San Francisco don José Campabadal, quien nos hizo oír un *Requiem* de puro estilo litúrgico que convidaba al recogimiento y á la oración.

ENTIERRO.

El gentío que asistió tanto á los funerales como á la procesión de la inhumación del cadáver, fué inmenso, pues no fué posible enumerarlo. Llevaban los cintones del féretro las principales autoridades civiles y militares, escoltado por un cuerpo de oficiales de alta graduación; concurrieron todas las escuelas y colegios de la capital, las diferentes Hermandades con sus estandartes, el cortejo siguió el camino trazado en el programa, cantándose el salmo *Miserere* por el Clero, mientras la Banda militar ejecutaba las más sentidas y escogidas marchas fúnebres de su repertorio.

A la llegada del cadáver á cada una de las Iglesias indicadas en el programa se le canta-

ron respuestas ; por fin volvió al Convento, á su casa, á su hogar, en donde se ha construido una fosa en el espacioso patio del Convento, con previa autorización del Ilustrísimo señor Obispo y del señor Presidente de la República; allí fué depositado el cadáver del Santo Capuchino, Fray Antonio de Igualada, en medio de las lágrimas y de los ayes de la sociedad cartaginesa para erigirle más tarde un mausoleo en testimonio de veneración y gratitud al incansable apóstol.

El virtuoso capuchino practicó siempre la caridad, la más estricta de las virtudes cristianas ; como benefactor de la humanidad, nosotros unimos nuestro duelo al de la nuestra noble y leal ciudad de Cartago, que hoy lamenta hondamente y con razón, la muerte del Venerable Capuchino, Fray Antonio de Igualada.

Cartago, 11 de Octubre de 1897.

ORACION FUNEBRE

pronunciada por el Presbítero don JUAN DE DIOS TREJOS
en la iglesia de San Francisco de Cartago,
el 11 de Octubre de 1897.

Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi: in reliquo reposita est mihi corona justicie quam reddet mihi Dominus Judex Justus in illa die: — Combatido he con valor: he concluido la carrera: he guardado la fe: — Nada me resta ya sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día como justo Juez.— (San Pablo, capítulo IV de su epístola á Timoteo.)

SEÑORES:

I.

LA muerte de FRAY ANTONIO de IGUALADA, sacerdote de la Orden Franciscana de Padres Capuchinos, ha conmovido hondamente el sentimiento religioso y social de la Provincia de Cartago; ha puesto en silencio y dolor profundo á los feligreses de esta Parroquia Central y á los feligreses de las demás parroquias adyacentes; ha consternado el corazón del Ilustrísimo señor Obispo y el ánimo de gran parte del Clero nacional y extranjero; ha producido eco doloroso en la región de altas potestades civiles y en el espíritu de gentes lejanas que habían oído sonar el nombre de Fray Antonio como símbolo del sa-

cerdote virtuoso, del confesor infatigable, del misionero popular, del redentor de almas. Bien podemos, pues, decir, que la muerte de Fray Antonio de Igualada ha emocionado también el sentimiento nacional y entristecido á la pequeña porción de la grey cristiana que se llama Iglesia Católica de Costa Rica.

El sábado nueve de Octubre de mil ochocientos noventa y siete, quinto día de infraoctava de la fiesta de San Francisco de Asís, á las nueve de la mañana, dejó de vivir en la tierra Fray Antonio de Igualada. ¡Qué golpe de infortunio tan recio para Cartago de Costa Rica y sus parroquias! ¡Qué nombre tan sagrado para nuestra memoria el nombre de Fray Antonio! No es posible recordarlo sin inclinar la frente y sentarse en el polvo á llorar hilo á hilo la desventura de no tenerlo ya con nosotros. Lívidos y mudos están aquellos labios que tantas amorosas sentencias de perdón pronunciaron en el tribunal santo de la penitencia; aquellos labios que desde las alturas de la Cátedra sagrada, llenos de unción y ternura, derramaban la palabra evangélica en las ciudades, en los campos, en las aldeas, en las montañas; aquellos labios que siempre revelaron al hombre desprendido, al sacerdote humilde, al religioso que se santifica santificando á su prójimo.

Apagados los ojos de ese ministro del Altísimo, no se fijarán más en nuestros humildes

valles para buscar solícitos, con anhelo de santificación, al habitante de la ciudad, al campesino, al indio, al montañés, al menesteroso, al moribundo, á la virgen, al niño, al anciano. Á la manera de astro que atrae y mantiene en equilibrio millares de mundos, Fray Antonio de Igualada fué aquí, en Cartago, centro de paz, religión y consuelo para todas las clases sociales; á todas las atraía con impulso irresistible; á todas prodigaba consuelos; á todas consagró su existencia; de todas fué amado; por salvarlas á todas quebrantó su salud; por amor de nuestras almas ha muerto víctima de cruel enfermedad contraída en el riguroso trabajo del confesonario.

Seanos permitido reprimir algún tanto el dolor que oprime nuestro ánimo para hacer breve conmemoración de la vida de ese misionero difunto, antorcha de alegría en nuestras parroquias, lámpara solitaria en este convento, custodío vigilante de la religión franciscana en este templo.

II.

El día veintinueve de Agosto del año mil ochocientos treinta y cuatro, allá en España, en Cataluña, en la provincia de Barcelona y en la ciudad de Igualada, vió la luz de este mundo Procopio Mensa, hijo de padres pobres que ejercían el oficio de tejedores, del cual deriva-

ban los recursos de subsistencia. Procopio hizo los estudios de primeras letras en Igualada, su propio pueblo, aprendiendo al mismo tiempo, al lado de sus progenitores, el oficio de tejedor. Así le preparaba Dios á la pobreza y al trabajo, á fin de que pudiera un día, con el ejemplo de tales virtudes, ser ciudad colocada en alto monte ó luz puesta en alta cumbre para disipar sombras y tinieblas de muerte. La vocación de Procopio á destino religioso pudo transparentarse en el conjunto de dificultades y privaciones que rodearon su vida de estudiante. A los diez y ocho años de edad, dejado su pueblo natal, pasó Procopio á la ciudad de Vich, distante trece leguas de Igualada, con el objeto de hacer allí sus estudios de latín, sin contar con más recursos que aquellos que recibía, en forma de limosna, de gentes generosas que notaban su amor al estudio, ó que sabían bien cuán pobres eran sus padres, ó que adivinaban talvez en el semblante del joven su llamamiento á superior destino.

Seis meses solamente estuvo Procopio en Vich, de donde pasó á Moyá, distante nueve leguas de Igualada, á proseguir sus estudios bajo la dirección de Padres Escolapios, quienes le instruyeron suficientemente en las humanas letras. En la época de vacaciones Procopio dedicaba gran parte de su tiempo á trabajar en el oficio de tejedor, para proporcionarse así los

recursos que, junto con las limosnas de particulares, habían de favorecerle en la prosecución de sus estudios. Á éstos estaba dedicado fervorosamente en Moyá cuando vino de Guatemala y se presentó en el Instituto de Escolapios un comisionado de la Orden de Menores Capuchinos, que andaba en solicitud de jóvenes que, sintiéndose con vocación á aquella Orden religiosa, quisieran venir de España á Guatemala á hacer aquí el noviciado. Procopio vino entonces de España á Guatemala la Antigua el año mil ochocientos sesenta y dos, y entró en el noviciado de Padres Capuchinos, dejando, según costumbre de los frailes, el nombre de Procopio para recibir el de Antonio. Ya desde entonces el estudiante pobre de Igualada allá en España, será llamado Fray Antonio de Igualada acá en Guatemala.

En esta República de Centro América hizo Fray Antonio, en su claustro, los estudios de Filosofía y Teología y recibió la ordenación sacerdotal el día 25 de Mayo de 1863. Desempeñó allí mismo, por mucho tiempo, la Cátedra de Latín, siendo discípulos suyos Fray José de Calazans de Llevaneras, hoy Consejero Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos en Roma, Fray Juan de Cornudella, Fray Estanislao de Reus y otros frailes de notable significación en la Orden. Diez años estuvo Fray Antonio en Guatemala.

El año 1872, con motivo de la Revolución hecha en Guatemala por Justo Rufino Barrios. Fray Antonio tuvo que salir de allí, poco después de la expulsión de los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús y pasó á San Francisco de California, hospedándose en un Instituto de Jesuitas. De San Francisco pasó Fray Antonio á Nueva York, donde hacía pláticas de misión á los católicos que entendían español. Quizá allí, en esa gran ciudad del Nuevo Mundo, vino á despertarse en el ánimo de Fray Antonio, de modo irresistible, su vocación de misionero. De Nueva York vino á Panamá, y estuvo allí cerca de un año dedicado á las misiones. De Panamá pasó al Ecuador y ejerció en Manabí, provincia de esa República, el cargo de Cura de una parroquia muy extensa. Luego vino de Manabí, pasando por Guayaquil, á Colón. En este puerto ejerció por espacio de un año próximamente el cargo de cura de almas, mereciendo por su carácter modesto y bondadoso, ser muy querido de católicos, protestantes y musulmanes. De Colón vino Fray Antonio á nuestro puerto de Limón, entonces malsano, pantanoso, poco poblado y de difícil comunicación con el interior, pues no había entonces más que un pequeño trecho de ferrocarril en la playa del puerto. Allí estuvo un año de Cura.

Con motivo de haberse ahogado en el rio

Pacuare Fray Fernando de Monroig, que había venido de Nicaragua en compañía de Fray Bernardino de Capellades, este último hizo venir de Limón al interior á Fray Antonio de Igualada, á fines del año 1878 ó principios del año 1879, tres años después de haber venido los Jesuitas á Cartago, ciudad en que Fray Antonio estableció desde entonces su residencia; ciudad dichosa que ha merecido de Dios la gracia de poseer en su seno, por espacio de dieziocho años, al misionero Capuchino, peregrino en el mundo desde su extrañamiento de Guatemala; ciudad infortunada hoy que ha visto irse de su seno para siempre á ese Apóstol de la Penitencia, á ese guardián vigilantísimo de los Santos Sacramentos, á ese propagandista incansable del espíritu y las virtudes del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís.

III.

Fray Antonio consagró los dieziocho años últimos de su vida á la administración del Sacramento de la Penitencia en la Parroquia central y las Parroquias foráneas de Cartago. La ciudad, los barrios, los pueblos, los cantones todos de la Provincia, tienen obligación sagrada de llamarle su Apóstol, su Padre, su bienhechor espiritual.

El culto religioso de San Francisco de

Asís y el general de la Parroquia han recibido de él animación y vida. Fray Antonio de Igualada ha sido la columna principal, si no la única, del catolicismo en Cartago. Esta religión inmortal no reina allí donde los confesonarios están desiertos, no fructifica allí donde las gentes no se alimentan en gran número del pan eucarístico.

El confesonario fué la plaza de honor de Fray Antonio, el palacio de su morada permanente, las delicias de su vida, el encanto de su existencia; mejor dicho, el confesonario fué la cruz á que Fray Antonio se abrazó con ardor, pudiendo allí, en ese tribunal de paz y perdón, imitar al Salvador del Mundo; ya que la misión de confesar equivale á tomar sobre sí, para borrarlos, los pecados de los hombres. A esa cruz del confesonario se abrazó Fray Antonio con tanta fuerza que no deseaba en el mundo otra cosa más que vivir y morir confesando á los penitentes, aunque ese trabajo hubiera de disolver su cuerpo. Esas fueron las ansias ardientes de su vida, ya cumplidas para gloria de él y dolor de nosotros.

Fué el confesonario quien imprimió en el espíritu de Fray Antonio, más aún que su orden religiosa, aquella ternura compasiva que usó con toda clase de personas, aquel interés vivísimo en poner remedio á las debilidades é infortunios del prójimo; aquel celo por mante-

ner la paz de las familias, aquella caridad secretísima que le hacía compartir sus limosnas con los pobres vergonzantes, aquella ingenua sinceridad que tanto le asemejaba á un niño candoroso. Fué también el confesonario quien comunicó al cuerpo de Fray Antonio la palidez del semblante, la serenidad de la mirada, la calma de la frente, la blancura de los cabellos, el reposo de su andar, la enfermedad de que ha muerto.

Los dolores de la Santísima Virgen, cuya cofradía instituyó él en esta iglesia, fueron el lenitivo de sus dolores, y el espectáculo de San Peregrín arrodillado ante el Cristo que desprende su brazo derecho de la cruz, fué la alegría permanente de su imaginación.

Sus pies de misionero católico hollaron muchas veces el suelo de todos los puntos de Cartago en que hay humana población: á ellos iba de año en año, siempre anhelante de confesar, predicar, distribuir el pan eucarístico y de formarle residencia amorosa en los corazones á María Santísima, bajo la advocación de "La Divina Pastora."

¡Cómo amaba Fray Antonio á los indios de Tobosi y Orosi, y con qué delirio filial le amaban ellos á él! ¡Cuán dulce era para los barrios, pueblos y caseríos de Cartago, es decir, para Concepción, Guadalupe, San Nicolás, Carmen, San Francisco, Ángeles, San Rafael,

Tierra Blanca, Cot, Quircot, Llano Grande, Cervantes, Santa Cruz, Juan Viñas, San Cristóbal, tenerlo en sus respectivos templos y ermitas manteniendo vivo entre ellos el amor á la orden tercera de San Francisco.

Todavía Cartago, aturdida con la fuerza del golpe que acaba de recibir, muriendo su padre espiritual, no sabe lo que le sucede, no sondea la inmensidad de la pérdida, no se da bien cuenta de lo que le pasa; apenas percibe como adormecida el eco lejano del derribo de esa columna de la Iglesia Católica en nuestra patria.

IV.

Dios concedió á Fray Antonio la gracia de conocer y casi determinar el tiempo de su muerte. Vió claro que las sombras de la eternidad venían á envolverle en uno de los días de la octava de la fiesta de San Francisco de Asís. Hoy, último día de esa octava, la tierra ocultará á nuestra mirada el cadáver de Fray Antonio. San Francisco de Asís, cubriéndole con su túnica amorosa y ciñéndole cuerda salvadora, ordenóle salir de este mundo y presentarse al Eterno Padre. Fray Antonio espiró en pleno uso de sus sentidos, encomendando él mismo su alma á Dios: ha muerto como murió San Francisco de Asís.

El Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Obispo de la Diócesis, entristecido y consternado por la muerte de Fray Antonio, me ha hecho el encargo de significar á las gentes aquí congregadas el inmenso dolor que le oprime y la compañía que nos hace en nuestro acerbo dolor. . .

¡Dios mío! ¡Dios mío!—Piedad y misericordia de nosotros pecadores que gemimos y lloramos en el valle de lágrimas. En tus brazos, Dios mío, está ya vuestro sacerdote Fray Antonio de Iqualada.—Sea ese su descanso eterno y alúmbrele la luz eterna!



DISCURSO

pronunciado por el señor Presidente Municipal Dr. D. MOISÉS CASTRO en el atrio del templo de San Francisco, en representación de la Municipalidad del Cantón Central, el 11 de Octubre de 1897.

SEÑORES :

La Municipalidad condolidada y haciéndose intérprete del sentimiento justo que al pueblo de Cartago hoy le agobia, ha tenido á bien comisionarme para que en su nombre tome la palabra y venga á depositar una ofrenda sobre los restos del virtuoso é inolvidable Fray Antonio de Igualada de la orden de San Francisco. He aceptado gustoso dicho cometido, á pesar de la triste impresión que ha causado en mi alma la pérdida de un sér tan querido y respetado que constituía una importante lumbrera de la Iglesia Católica.

Sus pensamientos puros, sus sentimientos nobles, sus hechos trascendentales, sus cariñosas y consoladoras palabras, hicieron que la sociedad entera viera en Fray Antonio de Igua-

lada la providencia visible que elevando al espíritu, le regenera y le acerca á su Criador.

Fray Antonio se propuso en esta vida, llevar las almas á otra región más lejana de la esclavitud ó cautiverio mundano, indicando una vida de paz, de felicidad, que no admite corrupción ni mancha y que nos abre las puertas de la bienaventuranza eterna.

Fué ministro del buen destino, fué ministro de Jesucristo, fué guarda celoso de su rebaño, fué un piloto que con valor y abnegación guiaba su barca y tripulación al través de las tempestades de la vida á un puerto seguro.

Jamás manchó sus labios con murmuración alguna, su mano bondadosa repartió entre los pobres sus pocos recursos; en sus misiones abrió los ojos al ciego para mostrarle la verdad radiante y pura, y constantemente elevaba sus oraciones á Dios suplicándole la prosperidad y ventura de la humanidad entera.

El triste penitente, el afligido enfermo, el moribundo, encontró en Fray Antonio la mano de amigo, el corazón de hermano, el precepto de amoroso padre, y el ejemplo del apóstol de conciencia y fe inquebrantables, que cual manantial de bienes hizo brotar, hasta en la escarpada roca, flores de esperanza y de consuelo.

Su misión le alejaba de lo terrestre y por lo tanto, aunque recomendaba á sus feligreses la paz, la moderación y el respeto debido á las

leyes humanas y á las autoridades constituidas, él se ocupaba del reino interno ó espiritual, ese reino incomparable de poder irresistible que hace al hombre verdadero y digno hijo de Dios.

Fray Antonio de Igualada siguió su vocación bajo la influencia de los rayos de la fe; esa fe en el Sér Supremo le alentó en sus peregrinaciones, le dió valor para enfrentar todas las vicisitudes de este mundo, le aumentó su modestia y desinterés, le estimuló sus esperanzas, le guardó en la esfera de la religión, le empapó en amor eterno y le condujo feliz y gozoso á la verdadera vida, á la vida de los justos.

El panegírico más completo de las relevantes virtudes de Fray Antonio de Igualada, lo hace actualmente el sentimiento, el abatimiento público, y esa general veneración constituye su más hermosa corona fúnebre, que la eterna gratitud coloca sobre su tumba.

DISCURSO

pronunciado por don CLODOMIRO PICADO L., en el acto de depositar en la tumba el cadáver de FRAY ANTONIO DE IGUALADA, en representación de la Conferencia de San Francisco de Asís, el 11 de Octubre de 1897.

SEÑORES :

La Conferencia de San Francisco de Asís, que, como toda la ciudad de Cartago, está profundamente emocionada por la inmensa desgracia que la ha visitado con la muerte del queridísimo Capuchino, del inolvidable Fray Antonio, me ha hecho la honra de representarla en estos tristísimos momentos en que vamos á depositar en la tumba los venerandos restos del abnegado apóstol de la fe cristiana.

Pero, ¿qué podré decir yo, señores, herido ¡ay! como estoy por la irreparable pérdida de mi padre espiritual? ¿Qué podrán balbucear mis labios impuros en estos terriblemente dolorosos instantes, cuando veo que se convierte en realidad lo que había tomado por lóbrego sue-

ño? ¡Ay! señores: cuando el dolor es grande y agudo es el pesar; cuando el alma está casi vencida por angustias hirientes, que hunden una y otra vez el frío puñal en sus entrañas; cuando es tan inmensa la herida del alma que sólo puede compararse á la que siente el corazón con la desaparición de una madre querida, . . . entonces es el mutismo, la inmovilidad de nuestras potencias, el idiotismo del espíritu, la expresión más fiel del sentimiento herido.

He pedido á mi inteligencia una idea, una reflexión siquiera, pero mi entendimiento no me responde, permanece de rodillas en completo silencio en contemplación profunda de los santos despojos del venerable Capuchino, y si á veces me contesta, no lo hace sino con ideas negras, con reflexiones amargas, con justas reconvenciones para los que quedamos en esta vida; he suplicado á mi corazón la significación de esta catástrofe que nos castiga, de este infausto acontecimiento que nos hiere, y mi corazón, martirizado por el pesar, mi corazón que tiene grabados todos los detalles del triste acontecimiento, mi corazón, abrumado de pesares, llora y solloza, y al sollozar y llorar, en cada una de sus palpitations lanza hondos gemidos de angustia, tristísimas quejas inspiradas por su dolor, porque no puede con sus lágrimas devolver la vida al lirio purísimo que se ha agostado; porque no puede con sus quejas y sollozos

hacer palpar ese corazón yerto; porque no puede con los ardientes effuvios de su cariño, comunicar destellos de luz á esos ojos compasivos, cerrados para siempre por las sombras de la muerte. . . .

Empero, la fantasía me ofrece un cuadro de singular contraste: el cielo vestido de gala, la naturaleza vestida de luto. La aurora del día 9 aparece, triste la faz y dirigida hacia el Convento, ceñida de oscuro crespón, anunciando el terrible acontecimiento; las gentes murmuran plegarias, los niños elevan al cielo sus oraciones purísimas por el humilde Fray Antonio, para que Dios le conceda la vida; pero en vano; ángeles luctuosos descienden de lo alto, velado su resplandor celeste en señal de duelo, y cercan el lecho de agonía; un águila semejante al águila apocalíptica baja con rapidez al mismo lecho acompañada por el ángel de la muerte, y ¡oh dolor! llega el momento escrito en los anales del cielo, el ángel esgrime su espada, y concluye para siempre la vida del querido Fray Antonio. El Águila caudal, Francisco de Asís, se remonta á las alturas con vuelo soberano, llevando un diamante de límpidas aguas, de fúlgidos destellos, el alma santa de Fray Antonio. Las estrellas se agrupan en constelaciones que fingen palmas, guirnaldas y arcos de triunfo para que pase el héroe de la tierra; coros enteros de espíritus celestiales con albas vesti-

duras y resplandor indecible, verifican solemne recepción del espíritu abnegado de Fray Antonio de Igualada, que delicadamente es engastado por medio de los serafines en la augusta corona de Dios.

Pero Cartago está llorando, el templo de San Francisco es visitado con ansia, con vehemente afán durante tres días por todas las gentes que desean ver y despedirse de los sagrados despojos del humildísimo siervo del Señor. Los unos gimen y con sus gemidos dicen: murió el varón perfecto que abandonó los goces del mundo para consagrarse al servicio de Dios; otros suspiran y se duelen sobre su cadáver, porque no verán más al ardiente misionero subir á las montañas y descender á los valles para derramar con sencilla palabra y alma ferviente la luz evangélica; otros se consternan y lamentan, porque es inmenso el vacío que nos deja el sacerdote puro, el infatigable obrero de la viña del Señor; se le oprime el corazón al huerfanito porque se queda sin padre; la pobre viuda está inconsolable porque ya no recibirá más socorros de aquel que sabía sacarlos de su pobreza evangélica; y todos lloramos y sentimos oprimida el alma por la pérdida de esa existencia inestimable consagrada con maravillosa abnegación á la práctica del bien.

¡Adiós, querido Fray Antonio! el inmenso cortejo fúnebre que ha honrado tus sagrados

despojos, es señal cierta de que todos te hemos querido y de que todos guardaremos con veneración profunda tu bendecida memoria ! ¡Adiós Fray Antonio, tu sepulcro queda al lado de tu querido convento para que tú siempre seas su celosísimo guardián ! ¡ Fray Antonio, adiós para siempre, duerme en paz, mientras nosotros lloramos tu muerte y también sobre nosotros y sobre nuestros hijos !

He dicho.

EN LA SENTIDA MUERTE
DE
FRAY ANTONIO DE IGUALADA.

Busca la cruz que valeroso carga,
Entre aquellas de grande pesadumbre:
No inquiera el fuerte, cuando va á la cumbre,
Si el peso es grave ó la carrera es larga!

La copa apura en que la hiel amarga,
Puestos los ojos en la azul techumbre;
Y de iras y odios, con su mansedumbre,
El corazón de los demás descarga.

De terrenales bienes no se acuerda:
Extrangula el orgullo y la codicia,
Nudo por nudo en la ceñida cuerda;

Y así de gente en gente, cuando muere,
Húmeda en llanto corre la noticia:
¡Qué bien se llora cuando bien se quiere!

Cartago, 11 de Octubre de 1897.

FÉLIX MATA VALLE.

PLEGARIA

A LA MEMORIA DE FRAY ANTONIO DE IGUALADA.

Por uno de sus íntimos amigos.

Amado padre: yo os contemplo con ternura desde esta morada de miseria y os considero más feliz que yo, puesto que todavía fluctúo en las olas de la incertidumbre, y vos ya habéis abandonado las cadenas de la expiación y vivís en el mundo de la realidad, donde se ven las cosas tal como son, lugar donde nos reconocemos todos por hermanos. Quizás pondréis algún día en acción las fuerzas de nuestro pensamiento, porque conoceréis sus leyes que á nosotros hasta ahora nos son vedadas, y si alguna vez os llegan las plegarias de vuestros amigos para vuestro descanso eterno, dignaos, estimado padre, recompensarles en los momentos que necesiten de vuestro auxilio, para que algún día nos veamos reunidos en aquella mansión á que todos los idiomas han dado el nombre de Cielo.



0000150806